

## UN ESCRITOR INCLASIFICABLE Y UN VIAJERO DE OTRAPARTE

Por: Daniela Andrea Cortés Jaramillo

***“Es inteligente nuestro pueblo; está por encima de su clase ilustrada. No lee, porque no tiene a quién. Ahí está listo para que lo pinten, pero carece de pintores; ahí está listo para que lo conduzcan, pero carece de políticos. ¿Por qué? Colombia no ha tenido escuela ni universidad”.***

Este año se celebra el aniversario 115 del nacimiento de un defensor de la libertad, de un visionario, de un espíritu inquieto y ansioso, de un pensador progre que no actuó nunca bajo la presión de métodos, y que comprendió que la educación es simplemente una ayuda para liberar al espíritu.

Fernando González Ochoa, es ese espíritu indómito que nació en Envigado y que conoció a Medellín cuando aún, era una gran montaña. Influenciado por el trabajo de su padre, pensó en la educación como una problemática de fondo y de forma, que debía modificarse para que la juventud colombiana no se marchitara, ni envejeciera rápidamente”, según dice la poeta antioqueña ganadora del premio nacional de poesía Ciro Mendía en 2002, Lucia Estrada Zapata.

Las dificultades de mantener la independencia intelectual, individual y la propiedad económica en Colombia, ha sido siempre una consecuencia directa de una realidad académica y cultural basada en un curriculum de comportamiento que aún no se alcanza a discernir.

Para Carlos Humberto Restrepo, profesor de historia de la Universidad Nacional de Colombia - Unal- , esta característica de la educación colombiana y que “fue visionada siempre por Fernando González, viene desde antes; desde que Colombia empezó a percibirse como nación, puesto que para finales del siglo XIX y principios del XX en este país, los sinónimos de educación eran: baja tasa de escolaridad, falta de maestros y su escasa o nula preparación, analfabetismo, poca inversión, influencia de la iglesia católica, la primacía de la educación privada y la oscilación entre las políticas y reformas educativas entre un gobierno y otro”.

“Fernando González, tuvo siempre una vida pública muy activa”, asevera el profesor de historia de la Unal, puesto que luego de ser Licenciado en Derecho por la Universidad de Antioquia, fue magistrado del Tribunal Superior de Manizales y juez de Medellín. Más tarde se fue a Italia como Cónsul de Colombia, y su sede en Génova le hizo estar muy cerca de Benito Mussolini, quien hizo que Fernando González, “viviera la misma guerra que en Colombia”; entonces para 1937 decide volver al país y radicarse en Envigado.

Tras su paso por Francia, publicó la revista *Antioquia*, continuando con su labor literaria. Ésta revista que en su presentación resume la personalidad de Fernando González, “*Antioquia* quiere ser una publicación que no estafe al público; no aparecerá sino cuando el redactor tenga algo digno de leerse”.

Mario Escobar Velásquez, dice: “no sabríamos definir a Fernando González. Para nosotros es más que un filósofo, porque, a más de sentir, de elucubrar o de *recibir* las ideas, las vive. Tal vez la mejor definición que de él pudiéramos dar sería la de decir que Fernando González es un Hombre, así con mayúscula, si entendemos que un Hombre es algo más que la estructura corporal, un ser que vive en función de eternidad, un algo que se ha hecho, que ha sabido darse sus leyes y sus preceptos”.

### **“EL MÍSTICO”**

“Desde su niñez, Fernando González fue testigo de la idiosincracia colombiana, primero cuando fue expulsado del Colegio Hermanas de la Presentación por dirigir una mala palabra en señal de protesta a un castigo injusto, impuesto a uno de sus compañeros; luego, para 1911 siendo estudiante de quinto de año de bachillerato en el colegio San Ignacio, de Medellín, González Ochoa es expulsado por los jesuitas a causa de sus lecturas literarias y filosóficas sobre Nietzsche, las cuales lo habían conducido al escepticismo religioso”, insiste el profesor de la Unal.

En una entrevista para su amigo Fernando Isaza y la revista dominical del Espectador, *La Semana*, el 28 de noviembre de 1915, Fernando González dice que la única razón por la cual asiste a misa los domingos, es por que su esposa, Margarita, es quien lo obliga. “Ella, era una interlocutora permanente. Doña Berenguela como la llamaba su esposo en algunos de sus libros, era la firmeza impalpable, y es por ella, en parte, que se ve la grandeza de Fernando González ahora” expresa Lucia Estrada.

Muchos lo tacharon de antirreligioso, entre ellos el artista Leonel Estrada, quien luego y después de conocer a Fernando González en su juventud, lo describió como “(...) un místico. No recuerdo haberle oído sin que saliera a su conversación la idea de Dios, el Inefable. Era su alegría. Su vida fue un viaje de la mano del gran Mago. “Nunca separes de la Intimidad tus manifestaciones, ya sean literarias, mímicas, ya sea comer, el caminar, el dormir”. A menudo nos decía: — No podemos entender a Dios, entendemos al Hijo, es nuestra medida, para eso se hizo hombre. A Dios no lo conoce sino el Hijo (...) Nuestro conocimiento de Dios debe ser un conocimiento vivo”.

Carlos Humberto Restrepo dice que “la relación de dios y Fernando González fue una experiencia igual a su vida; sin convencionalismos, sin ataduras, sólo por convicción, y esto se puede observar en textos del autor como *El remordimiento*, en el que Fernando González ve al todopoderoso como un guía. “¡Ven Dios en

cuanto eres solitario! Ven a mí y dame tu pecho, pues sin tu leche me siento morir. Ven y confórtame. Apártame de ayuntamientos, dame la lechita de la soledad.”

En el relato de los Negroides, Fernando González dice: *“Soy el predicador de la personalidad; por eso, necesario a Suramérica. Dios me salvó, pues lo primero que hice fue negarlo, donde los Reverendos Padres. Tan bueno es Dios, que me salvó, inspirándome que lo negara. Luego le negué todo al Padre Quirós. ¡El primer principio! Negué el primer principio filosófico, y el Padre me dijo: ‘Niegue a Dios; pero el primer principio tiene que aceptarlo, o lo echamos del colegio...’. Yo negué a Dios y el primer principio, y desde ese día siento a Dios y me estoy librando de lo que han vivido los hombres. Desde entonces me encontré a mí mismo, el método emotivo, la teoría de la personalidad: Cada uno viva su experiencia y consuma sus instintos. La verdadera obra está en vivir nuestra vida, en manifestarnos, en auto-expresarnos”*.

## **EL MAESTRO DE OTRAPARTE**

“De Fernando González se dicen muchas cosas, una de tantas, que fue un rebelde por naturaleza. Este filósofo, abogado y escritor antioqueño, nació el 24 de abril de 1985, en el seno de una ejemplar familia de clase media antioqueña, su padre Daniel González era un profesor de escuela, a quien posteriormente en 1941, le dedicaría el libro *El maestro de escuela*, y su madre Pastora Ochoa era una ama de casa, entregada a su esposo y a sus siete hijos” dice Lucía Estrada.

“Una familia conservadora que le enseñó el amor por la patria y la libertad, y que le heredó la idea de que la educación es la única vía de acceso para la construcción de las dos. Entonces fue precisamente su pensamiento, original y auténtico, lo que hizo que sus contemporáneos lo excluyeran, todos se negaron a leer sus obras, porque tenían miedo de asumir la realidad colombiana y de América latina de esa época”. Sostiene la poeta.

Para Heiber Alexander Londoño Pineda, estudiante de filosofía y letras de la Universidad de Antioquia- UDEA- “ Fernando González era un maestro, no sólo por su audacia a la hora de escribir literatura, sino porque al hablar de la realidad de cada día y con nombres propios, en el lenguaje que todo el mundo usaba y sin miedo, instauró en Antioquia y en el país en general una forma novedosa de articular varios oficios profesionales, en una literatura puramente empírica, o sea desde las experiencias del maestro. Por eso lo condenaron desde la iglesia, quien prohibió bajo pecado mortal la lectura de sus libros, hasta los políticos intelectuales de su época”.

Lucía Estrada, asegura que él sabía que en su época no lo iban a leer, porque la gente estaba casada con sus aires y no estaba preparada para los nuevos. “Fernando decía que sus lectores iban a hacer lejanos, por eso repetía constantemente frases como: “Quizá yo pueda anunciar al hombre un paso nuevo, una danza novísima. Quizá pueda suceder que yo sea un *anunciador*” y “(...) no tendré admiradores, porque creo solitarios; no tendré discípulos, porque creo

solitarios; no me tendré sino a mi mismo. Yo no atraigo; arrojé a cada lector y persona que me abra los brazos de sí mismos. No puedo ser pastor, amado, jefe, maestro. Soy el cantor de la soberbia y de la sinceridad”.

“ es por esto, que es fácil asegurar que Fernando González nada tuvo que ver con el nadaísmo; puesto que él, nunca quiso formar grupos rebeldes, ni siquiera cuando en 1915 se vincula a Los Panidas, agrupación de revolucionarios entre los que se encontraban León de Greiff y Ricardo Rendón”, apunta Londoño Pineda.

Lo que sucedió con los nadaistas, según Lucía Estrada, “es que ellos se entusiasmaron tanto con el pensamiento de Fernando González y su búsqueda de la libertad, que en cabeza de Gonzalo Arango lo empezaron a llamar maestro y construir bajo sus propios anhelos, un ideal muy parecido al del escritor”.

Para Juan Gómez Gaviria, un aficionado de la literatura de Fernando González, “lo verdaderamente importante no es conocer los seguidores del pensamiento de él, sino poder adentrarse juntos y desde sus libros a la verdad de la Colombia de la época y de la Colombia actual”.

“Porque Fernando González, del que siempre se ha presentado un estereotipo de irreligioso y ateo, de pensador asistemático y contradictorio, de iconoclasta empedernido, fue un místico que viajó a la Intimidad con fervor, que plasmó una filosofía con un hilo conductor desde el principio hasta el fin, un forjador de idearios para nuevas juventudes, más allá de su tiempo, más allá de él mismo. Esa fue su labor de “maestro de escuela”, en una Colombia que no lo comprendió pero que ahora empieza a redescubrirlo.” Aseveró el 21 de abril de 1995 Ernesto Ochoa Morena, en el periódico el colombiano.

Gonzalo Arango dijo una vez: “Fernando fue también un hombre que amó a su pueblo y nunca estuvo de acuerdo con su falta de originalidad y autenticidad. “Fundó una escuelita rural para enseñarnos a vivir, a ser lo que somos con orgullo, sin complejos europeos, sin alma ajena, sin mistificaciones. Era una escuelita de auto expresión latinoamericana. Y la esencia de su escuelita fue: el que no está consigo mismo, no está conmigo. Usó un único método, el método de enseñar caminando. Era un maestro bondadoso y terrible. Después de Jesucristo no he conocido otro mejor.”

Por eso para una poeta joven como Lucía Estrada referirlo, va más allá de la simple personalidad, pues ella lo describe “como una cajita que guarda un artefacto en movimiento, pero que esa cajita no es como las otras; esta deja ver todo el proceso. (...) Fernando González le deja ver a sus lectores su búsqueda, no dice verdades absolutas, sólo los pinitos del sendero, para poder encontrar junto con el lector el camino completo, por eso es tal vez el maestro de Otraparte, porque cuando yo comencé a leer sus libros, me hice a la idea de que él tenía que estar muerto, en Otraparte”.

## **EXISTIR PARA LA HISTORIA**

“Su amor por Bolívar fue una proclama enardecida de la autenticidad latinoamericana. Su diatriba contra Santander, una condena sin paliativos del leguleyismo y la falsedad de nuestra vida republicana. Su consigna de “antioqueñizar la Gran Colombia”, un himno al vigor de un pueblo, y su sarcasmo frente a Santa Fe de Bogotá, un desnudamiento de los vicios del centralismo y los manejos del poder”.

Él, usó la palabra desnuda y un lenguaje crudo, fuerte y a veces contradictorio para registrar el terrible drama de la no identidad y también la derrota parcial como mestizos frente a la cultura occidental. "Preguntad a un hombre si cree en su libertad, y si os contesta que sí, estad seguros que ni un sólo instante se ha sentido a sí mismo".

“En Colombia está todo por hacer y nunca se hace nada”, eso escribía Fernando González en *Don Mirclotes*, un libro de usuras, muertes y agonías largas. “Y eso es lo que se sigue pregonando, mintiéndonos, dándonos largas para que las cosas no se den. Somos unos esperantes, agónicos, arrepentidos. Eso. Unos arrepentidos. Y mientras tanto, posamos de democráticos y burlamos los sueños de Bolívar. Nos hacemos los innovadores y perecemos en el intento. No resistimos bien lo que vamos a hacer (...)Ni siquiera lo que queremos hacer. Quizás todo se deba al exceso de mestizaje, al complejo de ilegitimidad”

En la presentación de la primera edición de la revista *Antioquia*, Fernando González expresa su inconformidad como lector. “¿Por qué se quejan de que nuestro pueblo no lea? Nuestro pueblo no lee porque no tiene a quién leer. Nuestro pueblo vive de una manera interesante, pero no tiene novelistas; nuestro pueblo produce aventureros curiosos, pero no tiene cronistas; nuestro pueblo produce rateros, usureros, negociantes, astutos, prenderos, celosos, en fin, ningún pueblo tan fecundo en tipos, pero carece de literatos observadores. Aquí no hemos pasado aún de esa literatura que consiste en emborracharse con aguardiente, dejarse crecer el pelo y escribir un soneto al amor imposible”.

Heiber Alexander dice que “Fernando González vivió en una lucha constante, consigo mismo, con su realidad como lector y como escritor”, por esto opina igual que Gustavo Arango; “Fernando González ocupa un inmenso imperio en el corazón de los jóvenes, porque habló en futuro, porque fue un rebelde con causa”

El columnista Alberto Aguirre dijo que: “A Colombia no le ha pasado nada tan grande como Fernando González. Qué bueno que haya existido. De todos modos, aunque la moda no lo lleve hoy en la cresta de la popularidad, ahí está como un tesoro, como acopio de armas y vituallas para el combate que algún día librará Latinoamérica por su libertad y su destino. Es un signo para la vida”.

“En la primera mitad de este siglo Colombia asistió indiferente al florecimiento de la filosofía de Fernando González, quien entendió muy temprano que nunca llegaríamos a existir para la historia si no asumíamos la tarea de ser latinoamericanos y de ser colombianos. [...] Él mismo asumió con gran audacia y con firme convicción la tarea de desarrollar un pensamiento que se pareciera a nosotros. [...] Él utilizó el lenguaje de todos los días, intentó aliar las aventuras del pensamiento con la fluidez y la eficacia del habla popular, no se fingía erudito, era algo más hondo, un colombiano tratando, casi por primera vez, de pensar su mundo, sus virtudes, sus defectos, de desnudar las incoherencias de un orden social demasiado lleno de conflictos, de atropellos y de imposturas”.

Por esto a “Fernando González hay que empezarlo a leer. Es un filósofo original. Escribió básicamente para los jóvenes, para que ellos piensaran por ellos mismos, para que abandonaran la vanidad, y dejaran de imitar modelos”.

En 2006 el presidente de la república de Colombia exaltó la memoria, vida y obra de Fernando González Ochoa por ser “alguien que dedicó su vida al cultivo de valores artísticos y filosóficos, y es reconocido nacional e internacionalmente como uno de los pensadores colombianos más importantes de todos los tiempos”.

Para Juan Gómez Gaviria, “Fernando González construyó un nuevo pensamiento a partir de las características y circunstancias propias de los antioqueños, por eso, es oportuno siempre nombrarlo, leerlo. Él, simplemente rompió esquemas tradicionalistas de la literatura en Colombia. Él, creó conciencia de la realidad latinoamericana”

“Lo importante, para encontrarse con Fernando González, no es oír hablar de él, sino hundirse en la lectura de sus obras. Para quien se acerque desprevenidamente, esa lectura será un descubrimiento. Ahí, en sus libros, hay que abreviar para encontrar un mensaje de salvadora rebeldía, de autenticidad, de vitalidad, de emoción ante la vida, de búsqueda incansable de la verdad, de sinceramiento ante uno mismo, ante los demás, ante Dios”, afirma Lucía Estrada.

“Venga toda la juventud, toda la niñez, todo lo que es porvenir, a la oposición, porque nos ha engañado y van a decir que no dejamos huella en la bendita Tierra que habitamos”. Fernando González